

*na
conversación
en torno a lo
memorable en
los encuentros
y al Maestro*

Ivannsan Zambrano G.¹

A Teresita Gallego Betancur

¹ Doctor en Humanidades. Universidad Autónoma Metropolitana. México. Becario Clacso-Conacyt. Pedagogo Infantil. Universidad de Antioquia. Integrante Grupo Historia de la Práctica Pedagógica. ivannsan@gmail.com

*Pensando na Monja Coen... reconhecendo sua
divinidade
Al Maestro.*

Al final estas acá, te he encontrado sin buscarte! Hay cosas que deseo conversar contigo, apareces de nuevo en el tren de la vida, ¡nos hemos subido en el mismo vagón esta vez! ¿Cómo estás? ¿Qué hay de ti después de tantos años? Te ves distinto... Hay una luz en tus ojos diferente... Has cambiado. Que bello verte de nuevo, es un hermoso encuentro.

He pensado mucho el valor de los encuentros, y no solo al encontrarme contigo de nuevo, después de tanto tiempo –aunque siempre has estado aquí, en mí–... También cuando arriban a nuestra vida nuevos pensamientos, ideas y experiencias. Todo el tiempo hay encuentros, hay relaciones que se tejen, se entrelazan una a otra, y así deviene la vida. En los encuentros se dinamiza la vida amigo mío, sin ellos, sin el movimiento a través del cual se traduce la existencia, el medio y los encuentros, nada sería posible.

Sin embargo, hay encuentros de encuentros... No todos se recuerdan ni se viven... La mayoría, aunque importantes, terminan vacíos, perdidos en la cotidianidad de los días. ¿Sabes? Siento que en los encuentros tenemos una oportunidad, algo que la mayoría de las veces perdemos; ¿sabes qué es? La oportunidad de inmortalizar nuestro encuentro en una evocación de ruptura en la historia personal, es decir, después de eso ya nada es igual. Eso me pasaba con el Maestro, ¿te acuerdas de él? Estaba en todas las cosas, era sabio como ningún otro, sabía vivir. Era capaz de hacer de cualquier encuentro algo trascendental.

Lo recuerdo sobre uno de los bancos en el salón haciendo un himno a la alegría, cantando y alzando su voz, quería que lo escuchara el

sol y la luna... Inspiraba a quienes lo escuchaban, ¡estaba loco! No tenía un ojo, le decían «Terminator», era calvo —pero unos cuantos pelos blancos y largos caían de su cabeza como una pequeña cascada—, gustaba de Facundo Cabral, Spinoza y Yogananda, era grande y oscuro; lo evoco amoroso y sensible. Y su sabiduría... era profunda y certera.

Y bueno, acá estamos de nuevo. Te recuerdo con mucho afecto... Ya sabes lo importante de vernos de nuevo, estamos aquí otra vez para seguir ayudándonos a vivir y hacer de nuestra relación algo memorable y de nuestro encuentro algo inolvidable; eso decía el Maestro sobre lo memorable de los encuentros. Escuché a muchos hablando de eso y encontré bellas y profundas ideas en torno a dichas palabras. Las escribí para ti, ¡déjame leértelas!

Memorable es aquel encuentro que se hace experiencia profunda y radical, que se arraiga en nuestra existencia y la condiciona, la determina. Lo memorable en los encuentros nos hace distintos, pues nos lleva a otros caminos, a otros senderos del pensamiento y a la vivencia de la vida; nos altera el devenir.

No es memorable aquel encuentro que no se evoca o se evoca sin un suspiro y una nostalgia, sin un sentimiento de sorpresa y admiración, incluso de amor y puede que de dolor, sin la idea de que eso memorable nos atravesó la vida, y que después de eso una parte de nosotros viró a mundos nuevos, a relaciones antes impensadas.

Quien tiene experiencias, ideas y amigos o enemigos memorables se tiene a sí mismo,

pues en ellas encuentra las semillas de su «identidad» o de eso que ha venido siendo y será. Lo memorable es un recuerdo no olvidado, una cicatriz en nuestra historia; aquella que miramos para mirarnos en nuestro día a día recordando que nos hicimos eso, y que eso memorable está ahí haciendo presencia en el cómo de nuestra vivencia.

Recordamos lo memorable con aprecio, y siempre decimos que eso fue necesario, que sin eso no seríamos lo que somos, que eso nos presenta al presente en un rostro, el rostro de aquel que tiene una historia llena de experiencias, pensamientos, relaciones únicas. Finalmente, lo memorable se articula a nuestro deseo de existir, es parte de la energía que nos llama a vivir y que alimenta nuestra cotidianidad.

Lo que es memorable se reúne en nuestro deseo de existir, de vivir, en el cómo de esa vida que estamos viviendo o que deseáramos vivir. En otras palabras, eso memorable tiene que ver con nuestro objetivo y la razón de nuestras búsquedas; vivir. Por eso no se olvida, no pasa desapercibido y es siempre retomado. Se trata de algo que transpira en nuestro devenir, uno de los palpitos recurrentes que alienta nuestra existencia.

Y lo memorable no tiene tiempo ni espacio, sucede en un segundo o en un mes, o una vida, ocurre en cualquier lugar, y es cualquier lugar. Se da en un instante, en un tiempo sin fronteras y a veces imprevisto. Acontece en cualquier sitio. Y es que lo memorable existe en el encuentro, la relación con lo otro, lo que no es está en nosotros y nos sorprende, nos toca en cuerpo y alma. Como nuestro primer beso, la primera vez que hicimos el amor, que probamos el chocolate o nos quemó la intensidad del fuego; o el dolor de una palabra escuchada, de una experiencia vivida.

Para ti ¿qué es lo memorable amigo mío, amigo en mí? ¡Espera! Déjame anotar tus palabras, ¡no las quiero olvidar!

Apreciado amigo, agradezco nuestro encuentro. Sí, hace un tiempo que no te veía,

pero recordaba cosas bellas de ti, esas que sos y que das constantemente. Das lo que eres, lo que tienes en el corazón, cosas como estas... Pensar los encuentros. Bueno, déjame pensar.

Respecto a tu pregunta, evoco algunos actos memorables en mi vida, encuentros y momentos donde una u otra persona se hizo eterno en mi memoria, en mi existencia. Experiencias que se hacen parte de mí. En ellas encuentro las razones para amar y no olvidar a alguien con quien he tenido una relación especial, por ejemplo, personas sabias, hombres que se piensan la vida, que aprenden a vivir tanto como pueden y comparten ese aprendizaje... ¡Eso es amor amigo mío! Hay varias y no voy a decir los nombres de ellas. Ahora, recuerdo personas memorables a quienes gusto de nombrar, al igual que tú, maestros y, ciertamente, nuestro maestro. Por ejemplo.

Un día, también vi reír al Maestro en clase, hablando de su vida y del conocimiento, había amor en sus ojos, en sus palabras y en sus actos, mucha pasión y entrega... y sentí que debía ser como él, que quería ser él. La energía que era es la energía que yo deseo ser. Eso fue memorable.

En uno de esos días de luchas y protestas lo vi en el frente de batalla, defendiendo la vida, sus pensamientos y creencias. Había mucha convicción en sus actos. Aprendí de él.

Una vez, en la cima de una pequeña montaña, me dijo que fuese como el viento, que no se pega a nada, que por todo pasa sin llevarse nada consigo, sin forma que lo limite ni peso que lo merme en su camino.

Otra vez, sostuvo que aprendiera del dolor y me enseñó el fuego, que quema, pero que no es malo, pues sabiéndolo usar hace bien, nos ayuda a vivir; y entonces manifestó que el dolor o el sufrimiento era el fuego de la vida misma, y que si aprendía de él y lo comprendía viviría mejor. Eso fue memorable.

Una vez le hablé del amor y la sexualidad. Honestamente le conté que me apegué a ellos y fue difícil vivir cuando no los tenía, entonces sufría. Él me enseñó que yo podía ser la fuente

de ellos, y que en mí ya estaba lo que yo deseaba. Que, si yo era ellos, nunca me faltarían.

Me enseñó que todo ya está en mí, y que yo no necesitaba nada, o muy poco. Afirmó que pobre es quien quiere mucho, pues necesita más, y rico quien tiene poco y sabe lo que tiene.

Una vez lo escuche hablando de la necesidad de vivir nuestro presente. Dijo que no había ayer ni mañana, solo hoy; y me invitó a que viviera mi hoy, pero con sabiduría. Le pregunté qué era la sabiduría y me dijo que la encontraría dentro, que solo buscara dentro de mí y no dejara de preguntarme por mí mismo; que solo buscara conocerme a mí mismo. No olvidaré esas palabras.

Alguna vez sostuvo que no éramos lo transitorio, sino lo eterno. Me dijo que pensara en un espejo y lo que se refleja en él. Manifestó que lo reflejado en él no era él, y que éramos el espejo mismo. Solo contemplación, y que lo otro era transitorio, que todo cambia. Eso fue profundo, aún pienso mucho en eso.

Un día me hirió. Me lastimó con sus palabras y acciones, estaba molesto y confuso, ¡casi no le reconozco! Olvidé ese día solamente porque con anterioridad me había hecho entender que eso que él estaba haciendo, y que muchas personas hacen, es transitorio; que las personas no son lo que hacen cuando hay confusión, pues es pasajero, y que lo que debemos amar de ellas está más allá de eso.

Que las personas dan lo que tienen en su corazón y que si es bueno es porque ellas han hecho de eso que tienen algo sabio y hermoso, sino, es debido a que hay confusión respecto a sí mismos y la vida.

El Maestro dijo que los encuentros eran fortuitos, pero podíamos decidir cómo vivirlos, pues en cada uno de ellos entregábamos sí o sí lo que éramos, lo que teníamos. En todo caso, sostuvo que hay encuentros que nos aumentan y otros que nos disminuyen. Nos aumentan aquellos que vitalizan la vida sabiamente, esos donde el amor, la armonía y la paz predominan; en cambio, nos disminuyen aquellos donde hay confusión y dolor.

Un día dijo que quienes sabían vivir sabían morir y que la muerte era una ganancia. Que solo muere aquel que no se ha preguntado por la vida, que se aferra a lo que no es, a una idea confusa de sí, pero que los que se preguntan por la vida y aprenden a vivir mueren tranquilos, pues ya saben que son eternos. Aún pienso estas palabras, son fuertes y sabias.

Eso es lo que te puedo contar de las personas o maestros con quienes tuve encuentros memorables en mi vida. Respecto a lo memorable no tengo sino las experiencias y palabras de mis maestros o las personas que se han diferenciado de otras en la medida en que han conocido de sí mismos. No sé si llegaré a ser como ellos, sin embargo, los sigo, los escucho y evoco con admiración y reconocimiento. Festejo que hayan aparecido en mi vida y que después de ellos nada sea igual, ellos son memorables porque dispusieron de un terreno donde yo podía aprender a vivir. Ellos hablan a través de mí.

Gracias, amigo; eres especial, disfruté escuchándote, pero hay algo más... ¿Qué piensas de los encuentros no memorables, aquellos que pasan y no dejan huella?

¿Qué te puedo decir?... Creo que en todo encuentro yace la potencia de la «memorabilidad». No es memorable cuando perdemos la oportunidad de ser nosotros mismos en el encuentro; ser uno mismo significa amar al otro como te amas a ti mismo, sentirlo en sus búsquedas que también son nuestras, y apoyarnos, ayudarnos a salir adelante buscando la paz, la armonía y el amor a través de la sabiduría, dejando atrás el dolor y la confusión. En los encuentros se reproduce la vida, incluso aquella llena de dolor, y esto último depende de cada uno de nosotros. Todo encuentro tiene huella querido amigo, repito, incluso la huella que ahonda más en la confusión y el sufrimiento.

Buen viento en tu vida, amigo.

También en la tuya.

